Esta hora bendecida, es la hora
En que todo lo puedes conseguir
¡Que tu clamor de júbilo resuene
Como el del bosque, cuando nace el día,
Y que se alcen tus vivas á María
Más allá de los velos de zafir!
¡Vítor, etc.

ALBERTO SANTOSCOY.

×

HIMNO

Á LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE EN SU TRIUNFAL CORONACIÓN.

(Para «El Grano de Arena»).

¡Augusta Señora! Tu México amado
Hoy ciñe á tus sienes corona imperial:
Porque eres su gloria, su Reina adorada,
Y es, Virgen, su enseña tu imagen Real!

I

¡Graciosa morena! Risueño y triunfante,
Un himno de Anáhuac hoy alza de honor,
Y en él, Virgen bella, rendido y amante,
El alma te ofrece con místico ardor.
Y este himno que entonan tus hijos queridos,
Que llegan ufanos tus pies á besar
Inunda armonioso sus valles floridos,
Sus vírgenes bosques, su indómito mar.

II

Disipan tus ojos, más bellos que el cielo,
De penas que matan el triste capuz;
Que son esos ojos raudal de consuelo,
Son dicha inefable, son gloria, son luz.
Por eso este pueblo que suya te nombra,
El pueblo que Tú amas con tierna pasión,
Ofrece á tus plantas su fe por alfombra,
Y herido de amores te da el corazón.

III

En rudos combates, Judith poderosa,
Tú diste á la Patria del triunfo el laurel,
Por eso se ostenta sublime y gloriosa,
Su cielo teniendo por rico dosel.
Y en tanto, Señora, que amparo tan cierto
Le preste al Anáhuac tu célico amor,
Será para el mundo cual león del desierto:
¡Indómito y libre! Monarca y Señor!

IV

El día suspirado de gloria divina,
De júbilo santo, de dicha sin par,
Llegó para el pueblo feliz que se inclina
Ferviente há tres siglos al pie de tu altar:
Y hoy pone en tus sienes corona radiante,
Y en ella te ofrece con santa emoción:
¡Un himno de gloria por cada diamante!
¡Un cielo de amores por cada florón!

V

¡Estuches azules de fresco rocío!
Violetas de Anáhuac, el rico pensil,
Jazmines y lirios, que á orillas del río
Verteis á las tardes perfume sutil:
Abrid vuestro cáliz, verted á torrentes
Tesoros de aroma que envuelva su altar!
¡Sonrisas derramen las diáfanas fuentes!
¡Los pájaros alcen ruidoso cantar!

VI

¡Rizadas lagunas! ¡Sonoras cascadas!
Alfombras de grama, vistoso arrayán,
Alegres campiñas y selvas calladas,
Purísimas nieves del alto volcán:
Fugaz mariposa de límpidas alas,
Espléndido cielo de raro fulgor:
Lucid en alarde gentil vuestras galas
Cual mudo homenaje de férvido amor.

VII

Con ojos azules y labios de fresa,
Con blondos cabellos y tez de azahar,
Simpática luce la Virgen francesa
De Reina del cielo su gracia sin par;
Tú en México hermosa, Gentil Morenita,
Que á Tí por tenerte se siente feliz,
Como Ella te ostentas amable y bendita,
Vergeles teniendo por rico tapiz.

VIII

¡Escúchanos, Virgen! Que angustia sin nombre
El alma pedazos nos haga crüel;
Mas todo el cariño que cabe en el hombre,
Que siempre tu pueblo te ofrezca fiel:
¡Que seas nuestra dicha, nuestro único encanto!
Que en pos de tu huella marchemos aquí,
Y en la hora postrera, de luto y de llanto,
¡Nuestro último aliento que sea para Tí!

EDMUNDO M. FLORES.

×

HIMNO.

En la solemne coronación de Ntra. Sra. de Guadalupe, Patrona de México.

CORO.

Su filial gratitud y ternura
La Nación Mexicana pregona
Hoy que ciñe con áurea corona,
Oh María, tu sien Virginal.

I

Separada del orbe, á la sombra
Del error, sin sendero ni guía
Y de sangre inundada, gemía
Esta idólatra altiva Nación;
Y tú, Virgen, dejando tu solio
En la cumbre tranquila del cielo,
Del indígena amparo y consuelo
Fuiste, y prenda de vida y perdón.

CORO.

Su filial gratitud y ternura
La Nación Mexicana pregona
Hoy que ciñe con áurea corona,
Oh María, tu sien virginal.

II

Reina hermosa entre mil escogida,
Como el alba disipa la niebla,
Por tu imagen la densa tiniebla
Del Anáhuac te plugo alejar;
Y los duros y válidos grillos
Que oprimían al mísero indiano
Quebrantaste y con próvida mano
Te dignaste su lloro enjugar.

CORO.

Su filial gratitud y ternura
La Nación Mexicana pregona
Hoy que ciñe con áurea corona,
Oh María, tu sien virginal.

III

Si emponzoña terrífica peste
Nuestras auras; si treme la tierra
O sus dardos dispara la guerra,
Acudimos fervientes á tí;
Y tú, ¡oh Madre, tu ruego interpones
Por calmar nuestras penas prolijas,
Y á tu Anáhuac piadosa cobijas
Con tu manto de bello turquí.

CORO.

Su filial gratitud y ternura
La Nación Mexicana pregona
Hoy que ciñe con áurea corona,
Oh María, tu sien virginal.

IV

¡Que depuestas las armas y unidos,
A la luz de la fe verdadera,
Tremolemos la patria bandera
Y ensalcemos, ¡oh Madre, tu amor!
Y vosotros que en rápido vuelo
Trasponeis vagarosos las nubes,
Nuestros votos, ardientes querubes,
Ante el trono llevad del Señor.

CORO.

Su filial gratitud y ternura
La Nación Mexicana pregona
Hoy que ciñe con áurea corona,
Oh María, tu sien virginal.

† JOAQUIN ARCADIO.
Obispo de Veracruz.

×

A LA REINA DE LAS AMÉRICAS, LA EXCELSA VIRGEN DE GUADALUPE,

EN SU CORONACION.

Reina de América, Virgen querida,
Tu eres la gloria, tu eres la egida,
De este fragante lindo Anahuac;
Por tí suspiran los mexicanos,
A tí levantan fervientes manos
En la colina del Tepeyac.
El mexicano noble,
Madre bendita,
De amor y de ternura
Por tí palpita;
De su memoria
No se aparta su Reina,
Su ilustre gloria.
¡Madre querida!
¿Cómo no darte con alma y vida
Los mexicanos
De sus amores todo el tesoro,
Si con tus manos puras y hermosas
En esa tilma más rica que oro
Tú te pintaste con frescas rosas?
Por eso un templo te consagramos
Y allí de hinojos te veneramos
Dó te dignaste poner tu pié,
Y nuestro labio cantos entona:
Y te ceñimos real corona
De amor henchidos, llenos de fé.
¡Con qué placer tan grande
Miro y contemplo
Al pié de la colina
Tu hermoso templo;
Santa morada
Donde tu bella Imágen
Es venerada!
Tú formas de este pueblo
Todo el encanto
Y México te quiere
Te quiere tanto,
Que fiel desea
Que la Virgen de Anahuac
Su Reina sea!
De nuestra patria, Virgen María,
Eres estrella que clara envía
De luz divina bello esplendor;
Tú eres su luna, su claro cielo
Y en Tí sus ojos con santo anhelo
Fija el Anahuac lleno de amor.
Virgen de Guadalupe,
Graciosa Indita,
Mi encanto, mi tesoro,
Ay! mi lindita,
Mi bella aurora
Mi esperanza y delicia,
Reina y Señora;
¿No es verdad que te agradan
Y te embelesan
Las mexicanas brisas
Que tu pié besan?
Dí, Reina mía,
No es verdad que el Anahuac
Es tu alegría?
Si nuestro suelo te dá su aroma,
De tí sus puras esencias toma
Y á tí las torna naciendo el sol;
Aquí el zenzontle te dá sus sones,
Los mexicanos sus corazones
Y el firmamento lindo arrebol.
Si, dosel te forma
Su claro cielo
Y escabel á tus plantas
Su verde suelo,
Con bello encanto
Sus fúlgidas estrellas
Bordan tu manto.
Arroyuelos y fuentes,
Brisas y aves
Te ofrecen sus murmullos
Y trinos suaves;
Grata armonía
De la una y la otra playa
La mar te envía.
México bello forma tu encanto,
Sobre él extiendes tu puro manto
Y lo fascinas con tu beldad:
Y hoy te proclama, por tus favores
La excelsa Reina de sus amores
Y jura eterna fidelidad.
Virgen de Guadalupe,
Fulgente luz,
Palmera de los campos,
De Veracruz,
Flor mexicana,
Bella flor de las flores,

Mi soberana,
¿Verdad que te deleita
México bello?
¿Verdad que es de la gloria
Vivo destello?
Dí, mi alegría,
No es verdad que es tu encanto
La patria mia?
Reina de Anahuac, Virgen querida,
Tú eres la gloria, tu eres la egida,
De este fragante lindo Anahuác;
Por tí suspiran los mexicanos,
A tí levantan fervientes manos
En la colina del Tepeyac.
Madre querida
¿Cómo no darte con alma y vida
Los mexicanos
De sus amores todo el tesoro,
Si con tus manos
Puras y hermosas
En esta tilma más rica que oro
Tú te pintaste con frescas rosas?
Tú formas de mi Patria
Todo el encanto
Y México te quiere,
Te quiere tanto,
Que fiel desea
Que la Virgen de Anáhuac
Su reina sea.

M. M. M. M.

×

A LA SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE EL DIA DE SU CORONACION.

HIMNO.

¡Mexicanos! volemos fervientes
Al bendito y feliz Tepeyac,
Y adoremos, en tierra las frentes,
A la Reina del bello Anahuác!
¡Salve, Madre del Verbo Encarnado,
Olorosa y luciente azucena,
Que de gracia y virtud estás llena....
Salve! salve! Venero de amor!
¡Salve, Virgen, bellísima indiana,
De la Patria el amparo y consuelo,
Salve! entonen las voces del cielo,
Salve! diga gozosa mi voz!
¡Mexicanos! volemos, etc.
Al bajar á este cerro dichoso
Te vistió el firmamento su manto,
Te dió el sol sus fulgores y encanto,
Y la luna se puso á tus pies;
Y las nubes formáronte trono,
Las estrellas tu manto bordaron,
Y las rosas tu veste pintaron
Y un querub quiso ser tu escabel.
¡Mexicanos! volemos, etc.
Te aclamamos por REINA, Señora,
Tuyos son nuestros pechos y bienes,
Y hoy CEÑIMOS CORONA Á TUS SIENES
COMO PRUEBA DE AMOR Y DE FE.
Tuyos son nuestros campos y flores,
Y montañas, y bosques, y prados,
Y volcanes de albor coronados
Y tuya es nuestra vida también!
¡Mexicanos! volemos, etc.
Te aclamamos por REINA, Señora,
Nuestro amor puramente te empeña,
Haz que sea de este suelo la Enseña
Esa tilma....tu prenda de amor.
Y antes, Virgen, sepulten los mares
Nuestra Patria fragante y querida,
Que dejar de tu amparo la egida
O negarte filial devoción!!
¡Mexicanos volemos fervientes
Al bendito y feliz Tepeyac,
Y adoremos, en tierra las frentes,
A la Reina del bello Anahuác!

M. M. M. y M.

GRUPO DE PEREGRINOS DEL INTERIOR.

×

Á MARÍA SANTÍSIMA DE GUADALUPE.

Dos milagros no tienen semejante,
Así la historia sin cesar lo dice:
El que hizo el Señor con Verenice,
Y el que México adora delirante.

En la toca de púdica doncella,
Yendo al Calvario el Redentor del mundo,
Se obró un milagro, grande sin segundo,
Quedando allí del Santo la faz bella.
En tres partes se mira; y Verenice
Llena de amor, respeto y de ventura,
Viendo al Señor, se postra con ternura
Y de hinojos le adora y le bendice....
En la tilma de Juan, pura descuella,
De la Madre de Dios pintura hermosa;
Allí graba su imagen milagrosa
Siendo de Anáhuac fulgurante estrella.
Y México la adora y la bendice,
Y en ella tiene puesta su esperanza,
Su paz, su gloria, dicha y bienandanza
Como la tuvo en Cristo Verenice.

×

A LA AUGUSTA REINA DE LOS MEXICANOS

EN EL DÍA DE SU CORONACIÓN.

CORO.

Mexicanos, habeis coronado
A la excelsa y divina Señora,
Esa Reina que México adora,
Su esperanza, su dicha y honor.
Inclinaste, oh Señora la frente,
Recibiste la regia corona;
Bendición, oh celeste Patrona,
Y alabanza recibe de Dios.
Que el Señor te bendiga y ensalce,
Que corone de gloria tu frente,
Que te llame «Paloma inocente»
Y el objeto de todo su amor.

CORO.

Mexicanos, etc.

Eres pura y sin mancha, te dice,
Eres santa, y amable, y hermosa,
Preferida y ternísima Esposa,
Me arrebata tu dulce mirar.
Son tus ojos, purísima Hija,
Ricas fuentes de luz y de vida,
De tu seno, mi Hermana querida,
Ha nacido la dicha y la paz.

CORO.

Mexicanos, etc.

¿Quién pudiera igualarse contigo,
Mi agraciada y amable criatura?
¿Dónde está la celeste hermosura
Que rendida á tus piés no quedó?
Ya la voz, oh Señora escuchaste
De tu Dios, de tu Padre querido,
Ora escucha á tu pueblo escogido
Que á mil otros tu amor prefirió.

CORO.

Mexicanos, etc.

Aquí tienes, oh Madre querida,
A este pueblo feliz que te adora,
Que te llama su Reina y Señora,
Que en tí cifra su gloria y honor.
Eres tú la criatura más bella,
Y á tus hijos, oh Virgen, encantas,
A tus hijos que están á tus plantas
Y por tí suspirando de amor.

CORO.

Mexicanos, etc.

Tu clemencia y bondad, oh Señora,
Fuentes son de indecible ternura.
¡Quién pudiera gustar la dulzura
De sus ondas de amor y de paz!
Toda gracia excelente y perfecta
En tu pecho feliz se ha reunido,
¡Cuánta gloria y honor has rendido,
Al Eterno en tu santa humildad!

CORO.

Mexicanos, etc.

Que los ángeles canten la gloria
De Aquél que te dió bondadoso
Su tesoro más rico y precioso
De grandeza y celeste virtud.
¿Quién será después de esto, el encanto
Y el amor de tu Dios que te ha criado
Y del pueblo que tanto has amado?
Ese amor, ese encanto eres tú.

CORO.

Mexicanos. etc.

México, Octubre 12 de 1895.—*José María de Jesús*, Obispo de Sinaloa.

×

HIMNO

A MARIA SANTISIMA DE GUADALUPE.

CORO.

Venid mexicanos
Cantemos la gloria,
La dulce victoria
De nuestra nación.

ESTROFAS.

I.

Allá en la colina,
De México bella,
La mística estrella,
La perla de Sión,
Pisando la luna,
Al sol eclipsando,
Su amor prodigando,
A México está.

II.

¡Venid, admiradla!
Sus bellos colores
Los dieron las flores;
Pintóla el pincel
Del dueño del cielo,
De lindos querubes
Que allá tras las nbes
Amándole están.

III.

Sus ojos divinos
Modestos que miran,
Sus ojos que inspiran,
Que inspiran amor,
A México vieron
En penas hundido;
Su triste gemido
Entonces oyó.

IV.

Del cielo desciende
Y siembra unas rosas,
Más lindas y hermosas
Que el bello arebol;
Y luego en la tilma
Del indio Juan Diego,
Del simple labriego
Las rosas dejó.

V.

Asombran al indio
Las rosas de invierno;
De amor el más tierno
Las muestras él vé:
Las vé y su perfume
Le brinda consuelo,
No sabe que el cielo
Que el cielo allí vá.

VI.

No vé que su tilma
Que lleva las flores
Vá á ser de dolores
Remedio eficaz:
La enseña y en ella
Encuentra estampada
La Virgen su amada,
La madre de Dios.

VII.

¡Feliz nuestra patria!
¡Feliz nuestro suelo!
¡Feliz, que del cielo
Retrato posee!
No quiso igual gracia
A gente del mundo
De amor tan profundo
Tal prueba dejar.

VIII.

Dulcísima Virgen,
De México encanto,
Que traes en tu manto
Mil bienes y mil,
No pierda este suelo
Tu grata memoria,
No pierda su gloria,
No pierda tu amor.

PBRO. IGNACIO VALDESPINO.

×

SALVE.

Dios te salve Reina hermosa
Madre tierna y cariñosa
Del Creador;
Dios te salve, pues Tú eres
Entre todas mujeres
La mejor,
Esperanza brilladora
Del alma que sufre y llora
Sin cesar;
Consuelo, vida y dulzura
Que mitiga la amargura
Del mortal;
Cuando miramos al cielo
Te buscamos tras su velo
Azul turquí;
Tu santo nombre invocamos
Y misericordia hallamos
Siempre en Tí.
¡Oh Virgen clemente y pía!
¡Oh dulcísima María!
Por piedad
Vuelve á nosotros, Señora,
Tu mirada encantadora
Con bondad;
Y cuando este triste mundo,
En miserias tan fecundo
Y en dolor,
Por otra vida dejemos,
Ruega á tu Hijo que alcancemos,
Por favor,
Esa dicha verdadera
Y la gloria duradera
Que Jesús,
Entre indecibles dolores,
Prometió á los pecadores
En la Cruz.

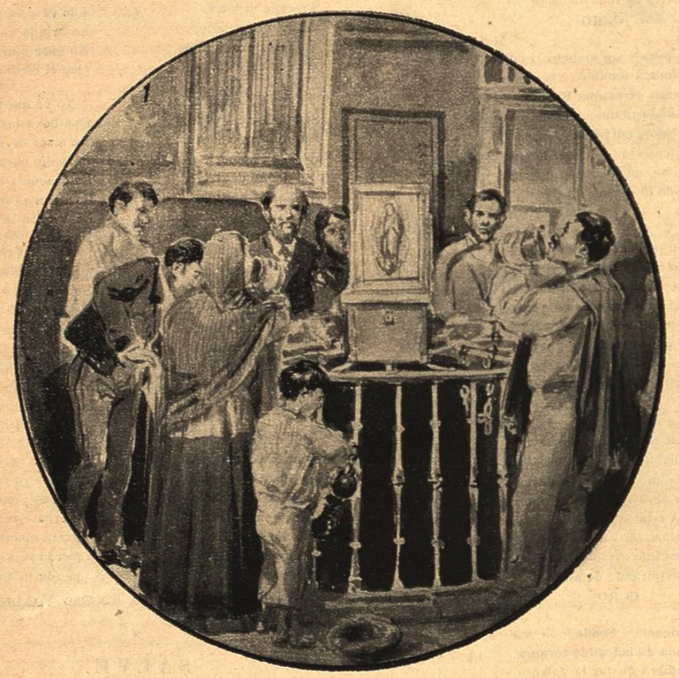
X

EN LA CORONACION
DE LA
MARAVILLOSA IMAGEN GUADALUPANA.

ODA.

Cuando por fin hubiesen ya cesado
Las concertadas voces de alegría,
Con que te han tus hijos celebrado,
Mi voz humilde resonar debía:

Y hoy, que va retornando ya la calma,
Yo te dirijo el cántico de mi alma,
Que articular mis lábios no supieron.
Sabe Dios, Virgen pura, que si un día
De mi torpe laud he maldecido,
El día sin igual tan sólo ha sido
En que el Pastor corona te ofrecía
Y el pueblo la corona bendecía
Con ese acento plácido y sublime,
Que aplaude, que ora, que solloza y gime
El gemido sin par de la alegría.
Yo lo escuché. Bajo las altas naves
Tachonadas de fúlgidas estrellas,
Que sostienen artísticas y graves



EN EL POCITO.

Por eso, sí, por eso, Madre mía,
Yo le dije á mi canto que esperara,
Porque es tan débil ¡ay! que si sonora
En medio de los otros, no se oiría.
Frases del corazón, voces aladas
Subieron hacia tí, noble Señora,
Más buenas que la mía, más sagradas,
Las voces de tu pueblo que te adora.
Gritó la multitud atronadera
Unánime, por tí, triunfal hosanna,
A los piés de tu Imagen soberana
Flores regando y palma triunfadora.
Madre y Reina los hijos te dijeron;
Y, yo al mirar con mi laud precario
Que en lluvia universal á tu santuario
Las rosas y las lágrimas llovieron,
Mis cantos sin poder enmudecieron,

En pardo bosque las columnas bellas,
Los fieles se estrechaban, levantando
Rumores de olas varios y suaves
Como llenan el árbol, aleando,
Al remugir la tempestad, las aves.
Se amotinaban de mirarte ansiosas
Coronada por fin cuantas auxilias
Ya las hijas del pueblo asaz piadosas,
Ya las Gracias de altísimas familias:
La flor de tu ciudad, las que amorosas
Todas las tribns de tu reino envían,
Sabiendo que eres soberana de ellas,
Desde los Lacandónes hasta aquellas
Que del Gila en las márgenes se crían.
El honor de las Ciencias y del Foro
Está, Señora ante tus piés rendido:
Y los que tienen á montones oro

Y los que tienen mandos, han venido.
Los que lauro á sus frentes han ceñido
Hoy de laurel se acercan despojados.
Y los indios también desheredados
Buscan en tí de su ventura el nido.
Sacerdotes llegando á centenares,
Te vienen á aclamar, porque tú eres
Consuelo y bendición en sus pesares,
Son, que arrasas los muros seculares
De la impía Jerico, cuando lo quieres.
Y hoy solicitan tu poder divino,
Que, en medio á las doctrinas disolventes
Y al lodo que salpica nuestras frentes,
A la fe y la virtud abra camino.
Cuarenta obispos de lejanas greyes,
No sólo de la patria mexicana,
Sino también del suelo, en que da leyes
Del Potomac el ave soberana,
Víenen, y aquel de la revuelta Autilla,
La perla del Atlántico dejando,
Y otro el ardiente Sur abandonando,
A tu templo, de templos maravilla.
¿No ves ahí su bosque de cayados
Y de mitras de oro y pedrería
Cabe la estátua arrodillada y fría
De aquel Prelado, amor de los Prelados,
Que mil veces soñó con este día?
Ya no está aquí: le adormeció la muerte;
Mas su efigie de mármol aun alcanza,
Fingiendo la oración y la esperanza,
Con sus ojos inmóviles á verte.
¿Cómo no han de venir? Si cuanto abarca
El mundo de Colón ha percibido
Ese grito de amor con que asordamos
De frontera á frontera tu comarca
Pues tenemos razón cuando te amamos
Con ese amor tan puro y encendido.
Si tú quisiste ser ángel custodio
De esta nación, y tú la mensajera,
Que en duro tiempo de conquistas y odio
La paz del Evangelio nos trajera.
Cuando el pie vencedor aquí posaste,
Huyó medrosa la Serpiente fiera
Que de una raza el corazón royendo
En tu sublime aparición hallaste.

Tú eres la paz: callaron las espadas
Al escuchar tu voz, enmudecieron;
Y á tu acento dulcísimo amansadas
A apuntalar tu trono se metieron.
Suena tu voz de tórtola, qne gime,
Y su fuga el Invierno ya acelera;
Y en este suelo, que tu amor redime,
Sonriendo apareció la Primavera.
Eres salud y amor, Virgen sublime,
Y se arredran las aguas tumultuosas
Perenne azote del Mexíceo valle,
Al solo arrimo de tu leve planta.
Mira el *ayate* en horas luctuosas
La Peste, y para huir, sólo al miralle,
Pronto sus alas fétidas levanta.
Eres vida y salud: ¿quién ha venido
A este palacio de la fe cristiana,
Triste ó feliz, alegre ó dolorido,
Que tu efigie al mirar no haya sentido
Tu influjo y tu virtud de soberana?
¿Quién en este lugar no ha respirado
Un perfume de rosas inmortales,
Que alivia el corazón; y no ha mirado
Un lampo de esa luz inmacula,
Que matiza del cielo los umbrales?

Está como un rumor del Paraíso
En todo labio tu querido nombre,
Que en esta patria de pesares quiso
Ser la virtud y talisman del hombre;
Remedio del dolor y luz, que alumbras
Con las ondas azules de tu manto
El largo enlace de las horas negras,
Y endulzas el acíbar de su llanto.
Virgen María, imán de las naciones,
Sobre este pueblo, cual ninguno amado,
Su cetro más gentil Dios te ha prestado,
La virtud de mover los corazones.
Yo lo conozco, yo, cuando era niño,
Un portento, de mí nunca olvidado,
Obró en mi pecho tu feliz cariño.
De mi vida la octava primavera
Iba á concluir; y mi ciudad, Zamora
Recordaba ataviada y vocinglera
De tu bendita aparición la hora.
Brillaba la ciudad empavesada
De muro á muro en luces de colores,
Y el vario son, que por el viento hendía
En repetidos truenos y clamores,
Con lenguas de metal te bendecía.
Todo el pueblo llegábase á porfía
Los dones de su amor á consagrarte.
Quise hacer otro tanto y . . . . Reina mía,
Niño, pobre, infeliz, no hallé qué darte.
Y bajando hasta el fondo de mi alma,
Busqué una flor, que para tí sería,
Busqué, para ofrecértela, una palma;
Y de júbilo presto enajenado,
Con luz del porvenir iluminado
Te ofrecí castidad . . . . y no sabía
Aún entre las brumas de la infancia
Qué era esa flor de mística fragancia,
Que en zarzales y páramos se cría.

. . . . . .

. . . . . .

Virgen María, imán de las naciones,
Sobre este pueblo, cuál ninguno amado,
Su cetro más gentil Dios te ha prestado:
La virtud de mover los corazones.
Llegó el instante: ¡todos de rodillas!
La mitra deponed, sacros Pastores,
Y la frente humillad, almas sencillas,
Rendid el corazón los pecadores.
Ya subieron al alta plataforma
De México el Pastor y el Michoacano;
Se acercan, Madre, á tu divina forma
Con pié indeciso y trémula su mano.
De pompa y de riqueza desvestidos,
Tan sólo de albas túnicas ceñidos
Van hacia tí, vacilan, se detienen . . . .
Crece la expectación, laten los pechos
Con rápido latir, de amor deshechos,
Y los lábios el hálito contienen . . . .
¡Oh momento sublime! ya besaron
La *tilma* santa, y la corona de oro
Al aire conmovidos levantaron.
La rica joya sobre Tí ya pende:
Un aplauso magnífico, sonoro,
Veloz como el relámpago se extiende:
Es la explosión, que de filial afecto
Hacen las almas tanto tiempo henchidas,
Que de su ruina al amoroso aspecto
Están en puras llamas encendidas.
Aplauso nunca oído, inusitado,
Al mismo tiempo á todos arrancado
Por el impulso de la fe cristiana.

Voces sin fin, que la emoción asorda,
Que pretenden llamarte soberana.
—«*Viva lo Reina*»—gritan; y el *hosanna*
Ya su torrente sin igual desborda.
Y quiere saludarte y desfallece
La voz del pueblo, que en el aire zumba,
La bóveda soberbia se estremece,
Y la dorada cúpula retumba.
Es el mar, es el mar del entusiasmo
El que hace oír su borrascoso estruendo,
Y sus olas de lágrimas muy pronto
Vendrán entre sollozos rebullendo.
Ya vinieron. ¿Las miras cómo nacen?
Que los cielos y un indio presenciaron
Hace tres siglos, repetirse vemos
Lo que entonces los ángeles miraron;
Y enfrente del milagro enmudecemos.
Tomó el Verbo divino los pinceles
Y, teniendo el *ayate* los querubes,
Comenzó á dibujar tus gracias fieles
En su nido de auroras y de nubes.
Y hoy que á tus sienes el amor ceñía
La corona, llorando de alegría,
Los hijos, que á tu rostro se volvieron,
En la *tilma* tu mágico trasunto
De luz de gloria colorirse vieron.

SUBIDA AL CERRO.

Los sollozos anudan las gargantas,
Y oleadas de llanto se deshacen
Reverentes y humildes á tus plantas.
Duda no hay: si la mezquina gente
Dudó quizá del inmortal prodigio,
Ya la Fe celestial y omnipotente
El velo corre con su blanca diestra,
Y á las turbas, de júbilo radiosas
El gran misterio del *ayate* muestra:
Aquel de apariciones y de rosas,
Y ¡malditas las manos, que á ese punto
Con filial entusiasmo no aplaudieron!
Y.... ya no puedo más, Virgen suprema,
Se borran mis conceptos en la mente,
Y el regocijo el corazón me quema;
Un arroyo de lágrimas ardiente
El dique salta y corre desmedido.
Ya no puedo cantar: será mi canto
El rumor descompuesto de mi llanto.
Y en medio de él mi pecho agradecido

Te jura que jamás el alma mía,
Llena ahora de paz y de consuelo,
Otro día verá como este día,
¡Nunca! Madre de amor, ¡nunca! hasta el cielo.

ATENÓGENES SEGALE.

×

LA GUADALUPANA Y CRISTOBAL COLON.

Vengo obediente y no en vano;
Perdón, sociedad discreta;
No te cantará el poeta,
Pero cantará el cristiano.
Un designio soberano
Que Dios manifiesta al mundo,
Es de inspiración fecundo
Raudal que del alma brota....
¿Qué importa la lira rota
Si el sentimiento es profundo?
Cantaré con la ilusión
Del que mucho ama y admira;
Cantaré porque me inspira
No el ingenio, el corazón.
Cantaré la inspiración
Que la dulce Madre mia
A Colón del cielo envía
Para que descubra un mundo;
Cantaré el amor profundo,
El tierno amor de María.
Fué la inspiracióu del cielo
Que iluminó al genovés,
No el miserable interés,
Sino amante y noble celo.
Allá, tras espeso velo,
Percibía su alta ciencia
De otro mundo la existencia;
Mas de un mundo envilecido,
En el paganismo hundido,
Sin Dios, sin santa creencia.
Noble nauta, tu misión
No era el oro ni la gloria,
Ni el escribir en la historia
De tu alta empresa el blasón.
Henchía tu corazón
Anhelo de más valía;
Sacar de la idolatría
A todo un pueblo pagano,
Llevarlo al Dios Soberano,
Darle por Madre á María.
Ella fué la que alumbró
De Colón la inteligencia,
La que mostró la existencia
Del mundo con que soñó.
Fué la que aliento le dió,
La que trazó su camino,
La que le mostró el destino
De un pueblo idólatra y fiero,
Que después, manso cordero,
Adoraría al Dios Trino.
Colón amaba á María
Con amor tan hondo y santo,
Que era su mayor encanto,
Que su corazón henchía.
Y la dulce Madre mía
Pagó su ferviente anhelo,
Dándole dicha en el suelo,
Dándole nombre en la historia,
Dándole en el mundo gloria,
Dándole en la gloria cielo.
Madre del amor hermoso
¡Cuánto amas al que te adora!
¡Cuánta ternura atesora
Tu corazón generoso!
En el mundo proceloso
Estrella que en lo alto brillas,
Tú las almas acaudillas
Para llevarlas al bien....
¡Ah mis ojos no te ven
Mas te adoro de rodillas.
¡Y bien! si de un pueblo sano
Eres la estrella, María,
No alumbrabas todavía
En el cielo mexicano.
Mas de tu amor el arcano
Descubriendo al genovés
Y llevándole al través
De la mar airada y fiera,
Fuiste su santa bandera,
La misma de Hernán Cortés.
«Valor, valor, hijo mío,
Decías al navegante;
No vaciles, adelante,
Que á ti mi designio fío.
No temas al mar bravío,
Desafía al aquilón;
Que en esta ignota región
Por la que tu anhelo clama
Tengo *pequeñitos* que ama
Mi materno corazón.»
Pequeñitos, sí; muy luego
Tu dulce labio, María,
Pequeñito llamaría
Al indígena Juan Diego.
Y el mexicano, antes ciego,
Hoy tiene la fe cristiana,
Hoy con tu imagen se ufana,
Hoy tu beldad le enamora,
Hoy con el alma te adora,
Divina Guadalupana.
¡Y bien! Cumplido el anhelo
De ese nauta generoso,
Le diste eterno reposo
En tu regazo en el cielo.
Si hoy pide mi ardiente celo
Que á ese gran Descubridor
Por premio le dé el Señor
Altar en tu templo santo,
¡Ah! para él todo mi canto,
Para ti todo mi amor.

FRANCISCO FLORES ALATORRE.

×

SONETO

Naciones todas que en pompa vana
Ostentais vuestros triunfos y grandeza,
Vuestra cultura y timbres de nobleza;
Brillo esplendente de la gloria humana.
A México venid, es tierra indiana
Colmado de tesoros y belleza;
Mas no cifra su gloria en la riqueza,
Sino solo en su gran GUADALUPANA.
A qué nación le dió la Virgen pia
Como prenda de amor su Imagen pura?
Solo á los hijos de la patria mía,
Que hoy exclaman en himnos de ternura:
¡Viva México, Patria de María,
Nación feliz de sin igual ventura!

PBRO. LUIS ARELLANO.